

deben vivir en un pecho cristiano y humanitario. El fin, dice, de que sean conducidos de una actividad moral a una forma ideal de la fuerza del deber a la razón y al arrepentimiento, será la mejor apología y la más completa justificación de los deberes del clero, por consiguiente, es inducción y el estado y está en el progreso civilizatorio y humanitario, quiere las reformas legales porque sabe que la legislación debe satisfacer los deseos de los pueblos.

CAPITULO III.

EL CRISTIANISMO Y LA LITERATURA.

Nadie ignora que la literatura es uno de los medios más eficaces de civilizar un pueblo, y uno de los agentes más poderosos para establecer el imperio de las ideas sobre el de la fuerza, dulcificar las costumbres, amansar la feroz condición de los hombres y elevarlos al conocimiento de su deber. Todos saben la decadencia en que vino á sumergirse este ramo de ilustración y el abismo en que la precipitó en Europa la invasión de las turbas de los bárbaros del Norte. Tan triste espectáculo debía conmover al sacerdocio cristiano, y tan poderoso agente no debía permanecer ocioso á la vista de unos hombres que se habían propuesto sacrificarse por el bien de sus hermanos, y á quienes estaba ordenado en el Evangelio dilatar

el imperio de la razón y ejercer la caridad, para establecer sobre estas bases la religión.

Hasta el presente en nuestro escrito hemos reseñado los trabajos del clero por civilizar el mundo, y al presente capítulo toca esplanar cuánto hizo por utilizar en el mismo sentido esta hermosa palanca, verdadera fuerza impulsiva, á cuyo movimiento había de caer en cenizas el edificio de la antigua civilización. El clero debía apoderarse de todas las vías que llevaban su deseo al porvenir de los hombres, y de todos los medios que podían contribuir al logro de su objeto, que era hacer todo el mundo cristiano en lo material y en lo moral. Ellos veían hundirse el viejo mundo en el caos de confusión, ellos veían ceder aquellos pueblos gastados por la corrupción, ante el brazo de unos pueblos de imaginación fogosa y llena de energía, y veían el retraso en que el mundo de las ideas iba á envolverse, y los adelantos y el imperio que la fuerza bruta iba á adquirir sobre él; y conociendo que esto podía retrasar mucho los progresos intelectuales del mundo, y que debía ser una rémora al imperio de la religión, y una oposición al establecimiento de los derechos de la humanidad, porque tanto se afanaban y que tan en armonía estaban con el Evangelio que Jesucristo había establecido y les había mandado predicar, y ansiosos del bien de sus hermanos y del cumplimiento de sus deberes, y de su misión civiliza-

dora y humanitaria, no perdonaron medio alguno para salvar y hacer cristiana la literatura, y á esto es á lo que el mundo debe seguramente no haber retrocedido á los dias de la barbarie.

Honra por demas al clero católico esta solicitud, y prueba hasta la evidencia, que al acusarle sus detractores de ignorante y enemigo de los progresos del entendimiento humano, lanzan sobre él una acusacion falsa y calumniosa, y es uno de tantos otros cargos gratuitamente injuriosos que se le hacen, y que las historias nos suministrarán pruebas en abundancia, mas de las que necesitamos para desvanecer y devolver la calumnia al rostro de los calumniadores; llenándolos de tan ignominiosa confusion, cuanto gloriosa, aparecerá la conducta de este clero que con incendiarios escritos quieren escarnecer y vilipendiar.

Para llenar debidamente nuestro intento, para hacer mas ostensible esta verdad, nos parece oportuno pintar el estado literario del mundo, la decadencia en que esta hermosa parte de la civilizacion habia quedado envuelta y la inaccion en que tan poderoso agente yacia, para que entre tantas sombras brille mas el esplendente sol que la desterró, y se conozca mejor la lucha de las dos civilizaciones. Ya hemos empezado por materias á esponer el empeñado combate en que oscilaba el mundo intelectual, la cruel lucha sostenida entre el mundo estacionario y el del progreso, entre

el pasado y el porvenir, entre el gentilismo y el Evangelio: hoy toca su turno á la literatura, que á no dudarlo, es el ramo que suministra mas recursos para hacer popular una idea, para hacerla provechosa y dominante, para enaltecerla, porque es la que tiene á su disposicion mas medios para llenar su objeto, puesto que cuenta con todos los adornos de la naturaleza, que se los suministra para embellecer sus cuadros, para hermosear sus pensamientos, para amenizar sus ideas, las flores de los prados, las cristalinas aguas de los límpidos arroyos, la frescura de las fuentes, los portentos del firmamento, el trino de las aves, el estudio, en fin, y las encantadoras bellezas de la creacion, imágenes lisonjeras, imágenes imponentes, el mar con sus borrascas, la atmósfera con sus truenos y sus rayos, los árboles con sus pámpanos y sus frutos, las plantas con el bello colorido de sus flores y la frescura de sus capullos; todo, en fin, viene á servir de ornamento y á contribuir á herir la imaginacion, sorprender el entendimiento y cautivar la voluntad. Tan poderoso elemento fué utilizado por el clero; las flores y las guiraldas que contribuyeron al lujo y adorno de la musa gentil, pasaron de su frente prostituta á ornar las cándidas sienas de la musa cristiana, y á sus acentos dulces y melancólicos se adormeció el corazon de los mortales, prestó obediencia la barbarie y quedó cautivo de sus encantos el mundo:

sus ecos encantadores en el silencio del templo, anunciaron la majestad del Dios del Gólgota, pintaron los consuelos de la religion, y en contraposicion al estrepitoso ruido de las bacanales, á la lubricidad de los banquetes y de las orgías, hicieron sentir la hermosa sencillez de la religion, sus consuelos y su dignidad: tronando contra el vicio y el desórden y anunciando las verdades divinas entre la ambrosía de esperadas y eternas felicidades, inspiraron horror y espanto al crimen, á la crueldad y á la prostitucion, cuyos castigos y penas infinitas, espantosas y horribles, le aseguraban en el nombre de aquel Señor que, por redimir al hombre, entregó á la muerte su Hijo único. Tal fué el uso á que hizo servir el sacerdocio la literatura, tal fué el objeto que adornó con ella y á que la consagró, objeto de suyo grande, cuadro hermoso por sí, lleno de vida y animacion, y en cuyo lienzo debian campear sus matices y servir á la civilizacion del mundo cristiano, á su correccion, á su felicidad, al par que el mundo de las ideas y de la ilustracion, tendria un nuevo motivo de gratitud hácia un estado que tanto se ha desvelado por todo lo que puede contribuir á su felicidad y adelantamiento, á despejar su razon y engalanar su porvenir.

Pasemos, pues, al objeto, que ya es tiempo: entremos á recoger en el agostado campo de la gentilidad, las pocas flores que le dan frondosidad y

vida, comparemos éstas con las que brotaron de boca de los Virgilio, Sénecas, Horacios, Cicerones; y si nos trasladamos á aquel siglo llamado de oro y recorremos una por una las obras y los hombres que le enaltecieron, veremos, que si habian muerto los héroes que suministraban cantos á los poetas, y á los oradores arengas, tambien habian huido del suelo clásico del heroismo y de las letras los genios que las hicieron florecer, enaltecendo y cantando las proezas de los conquistadores del mundo; de modo, que al reducir á polvo con sus hachas los bárbaros el capitolio de los Césares orgullosos, parece borrar del campo del pensamiento el hermoso plantel de las ideas bellas, de las grandes concepciones, de las obras sublimes, arrebatando así á Roma el imperio del mundo material y del mundo moral, rompiendo su doble diadema de señora de las armas y de las letras. Seria dilatar demasiado el objeto de nuestro asunto haber de establecer la comparacion entre el pueblo de Augusto y el de Honorio, entre la literatura de aquel y la de éste, entre la grandeza de uno y la decadencia de otro; y como habrá muy pocos que no tengan noticia de los clásicos, bastará, para nuestro intento, pintar los hombres que el siglo á que nos referimos llamó y consideraba como maestros y príncipes de la literatura, y sus producciones serán el mejor panorama donde se refleje su mérito, que el hombre pensativo

sabrá apreciar en su nada respecto al pasado, y colocando este cuadro mezquino, orilla del grandioso que nos ofrece la incipiente literatura cristiana, apreciará el trabajo de aquel clero que así supo animar el cadáver de las musas del Elicon, del Pindo, del Parnaso y del capitolio, con la energía y vida de las musas del Gólgota, de Belem, de Getsemaní y de Nazaret.

Para mejor inteligencia y brillo del cuadro que vamos á iluminar, será muy oportuno calificar las ciudades que se disputaban la gloria del imperio de la ilustracion, y que por la fama de sus escuelas han llegado hasta nosotros adornadas con un nombre inmortal. Atenas era el palenque donde Aristóteles y Platon justaban, y gramáticos y retóricos vendian allí la elocuencia y la filosofia; allí iba á perfeccionarse el que aspiraba al título de sabio; allí una juventud impaciente y bullidora se afiliaba en las banderas de los diferentes maestros y los seguia en sus triunfos y rivalidades, y en sus derrotas; allí estudiaban confundidos los jóvenes del mundo conocido, y allí vivieron, en sus escuelas se educaron S. Basilio, S. Gregorio y el apóstata Juliano: en Berita florecia la jurisprudencia; en Edesa la gramática, la retórica, la filosofia y la medicina, y los jóvenes de las provincias orientales la preferian, porque en ella se hablaban los idiomas siriaco y griego. Antioquía, la ciudad del lujo y de los placeres, llevaba hasta el

extremo la disipacion y la austeridad; inundaban sus calles holgazanes de toda especie, ingenios frívolos y maliciosos para quienes la sátira y la difamacion era un placer, que satirizaban con agudos y punzantes epigramas á filósofos y reyes, á la virtud y al vicio, á la honestidad y á la prostitucion, mientras que sus alrededores estaban poblados de anacoretas, almas sencillas que huyendo del mundo y su disipacion buscaban su reposo en la muda poesía del silencio y en los goces de la virtud: allí tenian cabida todas las sectas, de todo se discutia tranquilamente; verdadera ciudad neutral en el campo literario; Libanio hacia el elogio de Juliano lisonjeándose de ver el renacimiento de la idolatría, mientras el Crisóstomo necesita mandar tender toldos para resguardar de los rayos del sol una muchedumbre que cautiva y encanta con su fervorosa palabra, que hace brillar á su vista premios inefables, hermosas esperanzas. Alejandría por el contrario, verdadero campo de Agramante, ve sus escuelas, sus calles y sus plazas continuamente alborotadas, y los puñales, las espadas, las cuchillas y hasta las teas brillan en las manos de los adoradores de Serapis, de los judíos, de los cristianos y de los donatistas que mutuamente se persiguen. Constantinopla era el refugio de los mas distinguidos talentos de todas las sectas que buscando un apoyo poderoso para afirmar el imperio de sus creencias,

venian á poner de su parte la corte, empleando para obtenerlo hasta los medios menos laudables y honestos. Sus escuelas eran consultadas por los emperadores que propendian á conservar lo pasado y se oponian á las innovaciones, exigiendo que se prestase fé á los libros que encomiaban.

A ella venian de todas partes los mejores maestros: Agustín fué llamado desde Africa para enseñar allí la elocuencia; allí hizo el elogio de Teodosio un retórico francés; Claudiano vino desde Alejandría; desde Egipto Manobio el maestro de Icherio, cuya reputacion superó la de los demas retóricos. En tanto así eran atraídos á Constantinopla los hombres mas ilustres, los maestros del saber: en Roma se hacia sentir un hambre espantosa, ya reina del mundo literario, cual desapiadada madrastra, arrojaba de su seno los hombres de letras para conservar tres mil bailarinas, otras tantas cantatrices, sus maestros, los coros y las personas que estaban á su servicio. . . . Así prostituía su púrpura, y envilecida la patria del dulce Ovidio, del elocuente Ciceron, del austero Fabricio, del ilustre Caton, cedía á su rival con el cetro del imperio el del saber, con el trono del mundo material, el del mundo intelectual.

Sin embargo, no por eso faltaban escuelas en su recinto, y en ellas estudió S. Gerónimo elocuencia y declamacion; allí se ejercitaba en combates simulados y se preparaba para triunfos ver-

daderos; allí oía á los mas elocuentes oradores discutir unos contra otros, y arrebatarse hasta el insulto; allí para preservar la juventud del libertinaje creó Valentiniano una ley¹. En tanto la Galia hacia grandes progresos en las ciencias: Marsella, Arlés, Narbona, Viena, Tolosa, Burdeos, Clermont, tenian escuelas de jurisprudencia, filosofia, gramática y retórica, que suministraron á Roma muchos sofistas declamadores tanto en prosa como en verso, delatores en el siglo precedente y panegiristas en el actual; profesores que caminaban de una á otra ciudad sostenidos por pingües salarios, fabricando versos, panegíricos, cumplimientos y discusiones, sin cuidarse del imperio que caía, de la literatura que se prostituía, de las artes que se corrompian, ni del cristianismo que ganaba terreno; así se convirtieron las escuelas en focos de corrupcion de estilo, de extravío de ideas, en planteles de mal gusto, que ponian en prensa los entendimientos para buscar frases amaneradas, conceptos afectados con un énfasis cada vez mas exagerado y con una profusion de figuras espantosas llena de frases bastante nuevas y picantes, y demasiado falsas y forzadas.

De este modo y por estas razones se alteró la cultura intelectual, prevaleció el elemento popular, lo que era arte é imitacion cedió á lo espon-

¹ Comm. in ep. ad Gálat., c. 2.

táneo y natural. Sin embargo, en medio de la decadencia en que se mostraba la lengua en los escritos de Macrobio y Apuleyo, los jurisconsultos sostenían el buen sentido, y la gravedad y varonil sencillez del latín contra el lujo corruptor que le enfermaba, y trascurrió mucho antes de llegar á la afectación y enredosas sentencias del código Teodosiano.

En decadencia el idioma, decayó la literatura y cupo al sacerdocio la gloria de elevarlas, y la Biblia puede proclamarse su regeneradora: ella, con su admirable y encantadora sencillez la rejuveneció; aquella simplicidad de expresión dió idea de una poesía más natural, enseñó á tratar los asuntos más elevados sin necesidad de recurrir á las abstracciones metafísicas, como los orientales y aun los griegos cuando su espíritu se entrega á la reflexión. Habla constantemente por símbolos, como si la imaginación hubiera adoptado aquella senda cuando vedaba la religión las representaciones en el hierro por medio del pincel: amaestró con su ejemplo á los autores en el arte de explicarse con imágenes vivas, y entonces empezaron las invenciones simbólicas de que tanto abundó la edad media. Así el latín clásico fué modificándose por las ideas cristianas dando origen á un idioma nuevo, que fué el de los filósofos y que duró hasta que renació la lengua de Cicerón.

Hemos reseñado las escuelas, la decadencia del

idioma y sus causas, y como se deja inferir, la de la literatura; mas como quiera que nunca faltan en tiempos de decadencia talentos que la cultiven ó la empujen á su total ruina, réstanos ahora referir los que pulularon en este aciago periodo. Viene en primer lugar Servio, comentador de Virgilio, que nos resucitó tradiciones perdidas: Atico Tiron Delfico floreció en la Galia como poeta, abogado y retórico: Donato, maestro de S. Gerónimo, comentador de Terencio donde trató del barbarismo, del solecismo, los esquemas y los tropos, sin contar los elementos de gramática: otro Donato escribió una vida de Virgilio que parece destinó á servir de introducción á un comentario sobre las Bucólicas, y escogió la Eneida para hacer conocer las bellezas de que abunda: Nonio Marcelo de Tiber escribió una obra pedantesca, titulada: *Propiedad de los vocablos latinos*. Pomponio Festo compendió un trabajo de Verrio Flacco sobre la significación de las voces, y en tiempo de Carlo Magno fué el mismo vuelto á compendiar por Pablo Diácono. De Sosipatero Carisio tenemos cinco libros de observaciones gramaticales, y otros de Diomedes: siguen luego Furio Planciado, y Fulgencio (acaso fué africano) que dejó tres libros de *mitología*, uno de interpretaciones, y otro sobre Virgilio, cuya confusión de estilos es el mejor cuadro de la decadencia á que había llegado la literatura: y por último, Arusiano Meso